

EL

Fotografía EDU GARCÍA
Estilismo MARTA BAJO

Texto EVA BLANCO
y NUALA PHILLIPS

MUNDO

ES

Protestan, conciencian y educan sobre la importancia de luchar por un planeta mejor. *La labor de estas siete mujeres contra la crisis del clima* deja patente que las herramientas para generar el cambio son muchas y variadas. Ya sea desde el activismo, la ley o las nuevas iniciativas científicas y sociales, todas ellas han encontrado su hueco en esta cruzada en la que, insisten, estamos todos en el mismo barco. *A su paso por la COP25* de Madrid, posan para el objetivo de *Vogue* España, hablan sobre sus carreras, los nuevos desafíos, y sobre por qué todavía no es demasiado tarde.

NUESTRO



¿Qué tienen en común las mafias internacionales, el pastoreo y los baños en seco? La pregunta puede sonar a chascarrillo viejuno pero es, no obstante, un tema bastante más serio de lo que se intuye. La respuesta a ese hilo invisible que conecta los tres puntos –y, en realidad, a todos nosotros– no es otro que el calentamiento global y la incesante lucha para su revertimiento. La crisis climática ha pasado en los últimos tiempos de lema de pancarta de unos cuantos agoreros a convertirse en un asunto muy real cuyas consecuencias comienzan a ser hoy plenamente tangibles. Las buenas noticias, sin embargo, pasan por recordar que todavía no es tarde para buscar una solución sostenible en el tiempo. Ya lo dijo Obama: «Somos la primera generación en ser testigo de las consecuencias del cambio climático y la última que puede hacer algo para cambiarlo». Y de hacer cosas a ese respecto saben mucho Shirleen Chin, Freya Yost, Ana Digón, Maite Mompó, Jennifer Trujillo, Berta Moya y Sonita Mbah. Siete mujeres que han decidido dedicar su vida a una causa mayor y cuya labor se extiende a través de las diferentes vertientes que implica la causa medioambiental: de nuevos modelos de producción, a legislación internacional, pasando por pequeños inventos que revolucionan el mundo rural. Hablamos con todas ellas de sus diferentes iniciativas y, también, de la importancia de asumir nuevos hábitos sostenibles.

SHIRLEEN CHIN

Hay una mujer que lo hace todo en España y, de paso, en el mundo. Su nombre: Shirleen Chin (Borneo, 1987). Un huracán de energía que se entusiasma con la misma pasión cuando pregunta si puede hacer fotos a los zapatos de la sesión, que cuando desarrolla su labor como azote de las mafias internacionales. «Voy con cuidado, claro», dice guiñando un ojo. «La gente se sorprende de que sean las mismas mafias que cometen otros crímenes las que están detrás del ecocidio, pero si no arreglamos el crimen organizado y la corrupción, si esta gente se sale con la suya, continuaremos siendo testigos de la destrucción del medioambiente». En su agenda, que coloca sobre la mesa mientras se acurruca en la silla, la lista interminable de proyectos y acciones en las que está trabajando. «Coordino los asuntos legales de Extinction Rebellion en Holanda; también formo parte de la Comisión Mundial de Derecho Ambiental de la IUCN; fundé mi propia consultoría en 2018, Green Transparency; doy formación a jóvenes sobre justicia climática...», enumera sin darse importancia. «Lo cierto es que este año ha estado muy centrado en el ecocidio y en intentar concienciar a nivel global de la necesidad de que sea reconocido como crimen», avanza. Para ello, Chin ha estado volcada en potenciar la voz de los países isleños «condenados a la desaparición de aquí a 30 años», advierte.

FREYA YOST

Que el ser humano reconecte con la naturaleza es, según Freya Yost (EE.UU., 1987), el primer paso para revertir los efectos del cambio climático. «Trabajamos en espacios cerrados y nos mantenemos aislados de ella. Ya solo leemos sobre el rural *online*. Si queremos implicarnos de verdad, primero debemos regresar al mundo que nos rodea», advierte. Fue esta visión la que hizo que esta estadounidense acabase en Cloudburst, una organización afincada en el Lago Como (Italia) desde donde se promueve la colaboración intersectorial para la regeneración de ecosistemas. «El cambio climático es muy complejo y pensamos en sus problemas como *problemas* en lugar de síntomas de una situación global». De ahí que la fundación trabaje con líderes mundiales para promover políticas que vayan «más allá del ‘mal menor’ para centrarse en hacer ‘el bien mayor’», tal y como la propia Yost sintetiza. Freya, que también es CEO de Common Earth, otra asociación ligada a Cloudburst, trabajó para la ONU, para el Met de Nueva York y como bibliotecaria hasta que, por fin, su vocación filantrópica pudo más. «Tengo un perfil muy multidisciplinar», concede. «Pero mi amor por la naturaleza siempre había estado ahí. Crecí en un área rural, en Vermont, y de niña pasaba horas caminando por el bosque. Por eso sé lo importante que es preservar lo que la Tierra nos ofrece».

ANA DIGÓN

En una situación planetaria que inevitablemente nos conduce a ver el vaso medio vacío, Ana Digón (Vitoria, 1976) ha conseguido justo lo contrario: centrarse en el lado esperanzador de las cosas. «Durante años hemos extraído alimentos sin respetar los ciclos naturales del suelo y separando los diferentes reinos animales y vegetales que trabajan en simbiosis. Ahora se trata de regenerar, de reparar lo que hemos fastidiado, volviendo a conectarlos. Lo bueno es que por primera vez en la historia sabemos cómo hacerlo». Se refiere con ello a la agricultura regenerativa, una iniciativa que parece dar respuesta a muchos de los problemas a los que nos enfrentamos en la actualidad (desertificación, cambio climático o producción tóxica de alimentos), y que se ha convertido en la cruzada personal de esta española. «Hablemos de las tres emes: en el suelo, que es la base de todo, tiene que haber microbiología, materia orgánica y minerales. Así la planta crece sana. Luego, el herbívoro, bien manejado, cobra especial importancia como dinamizador de ese suelo vivo». Una vuelta de tuerca a la agricultura y a la ganadería natural que promueven desde la plataforma del mismo nombre (agriculturaregenerativa.es) y que, según explica la propia Digón, garantiza plantas más sanas, animales más sanos (los ganaderos que siguen sus principios dan fe de ello) y, también, humanos más sanos.





Arriba, Maite Mompó con jersey de algodón orgánico We are the Weather, de STELLA MCCARTNEY.



*Arriba a la izquierda, Jennifer Trujillo Obando con vestido plisado de georgette floral, de GANNI disponible en MYTHERESA.
A la derecha, Berta Moya con vestido camisero de algodón, de YNESUELVES; y pendientes Super Moon, de JULIETA ALVAREZ.*

MAITE MOMPÓ

A Maradona le cayó un balón al pie con ocho años y supo que lo suyo serían los goles. Lo mismo le pasó a Lennon con la guitarra a los diecisiete. Y a Maite Mompó (Albacete, 1967) siendo solo una niña. Solo que en el caso de esta española no hubo balones ni instrumentos. Solo ganas de hacer las cosas bien y, ya puestos, defender a los indefensos. Porque, no nos engañemos, si alguien está indefensa hoy es la Tierra. «Siempre he sido activista. ¡Pregúntale a mis padres! De pequeña les ponía pegatinas a los *sprays* de casa con mensajes como ‘te estás cargando la atmósfera’, recuerda entre risas. «Luego estudié derecho, lo que pasa es que acabé en los barcos de Greenpeace». En los mares de la justicia ecológica estuvo durante 10 años. «Luego me cansé de luchar contra algo. Me cansé de decir no. Ahora quiero decir sí. Sí a la paz, a la protección y conseguir cambiar las cosas desde el amor». Fue así como hace solo unos meses Mompó recaló en la asociación Protectores de la Tierra (stopecocide.earth). «Lo que me enamoró es que funcionan como un paraguas que dice ‘vamos a proteger el planeta y lo vamos a hacer desde el amor’». En España, queda mucho por recorrer, pero en el exterior la labor de esta entidad es de sobra conocida por las instituciones: «Buscamos una ley que proteja a la Tierra. El fin último es que el ecocidio sea reconocido como crimen internacional por la corte penal».

BERTA MOYA

«Todo lo poco glamuroso, aquello en lo que nadie quiere pensar». Esa es la original fórmula con la que la ingeniera bioquímica y ambiental Berta Moya (Madrid, 1988) introduce su campo de estudio. La explicación es algo críptica, pero se entiende cuando sale a relucir su doctorado: *Valorización de materias fecales de retretes secos en países en vías de desarrollo*. Un área de interés a la que llegó tras realizar un voluntariado en El Salvador que cambió su visión del mundo y su carrera. «Era la primera vez que veía situaciones de pobreza extrema. La ingeniería que estaba cursando estaba enfocada a la industria farmacéutica, pero, tras esa experiencia, supe que lo quería era trabajar en cooperación». Es así como adquirió conocimientos en tratamiento de aguas negras y grises, saneamiento y gestión de residuos orgánicos. Hoy trabaja como consultora independiente y sus esfuerzos están centrados en la promoción del *biochar*, un tipo de carbón vegetal que puede obtenerse a partir de la poda forestal, de desechos de cultivos o incluso de lodos fecales. Además de contribuir a la economía circular, ayuda a reducir las emisiones de gases de efecto invernadero. «Necesitamos cambiar la visión lineal de ‘esto es un residuo y me tengo que deshacer de ello’ a ‘esto es una materia que ya no se necesita pero se puede transformar, mejorar y valorizar’. El *biochar* en un gran ejemplo», dice.

JENNIFER TRUJILLO

La finca Viracocha, situada en el municipio colombiano de San Agustín (Huila), es un espacio para reconectar con la Tierra. Lo cuenta Jennifer Trujillo Obando (Cali, 1982) una de sus habitantes más entusiastas, fundadora de Casa Latina –el consejo de asentamientos sustentables de América Latina– y presidenta de la junta directiva de la red global de ecoaldeas (Global Ecovillage Network, en inglés). «Quienes vivimos en ecoaldeas actuamos desde un enfoque holístico que tiene en cuenta el componente social, ambiental, cultural y económico», explica. Algunas de las prácticas que implementan estas comunidades pasan por cultivar sus propios alimentos, utilizar microorganismos de montaña para fertilizar la tierra, dar un plato diario de comida a los hijos de campesinos que no tienen asegurada una buena alimentación o introducir baños secos en los que los residuos fecales se van convirtiendo en compost. Para ello, ha puesto en marcha un reto en redes sociales bajo el *hashtag* *#CompostToiletChallenge*, con el que pretende concienciar sobre lo dañino que es para el medioambiente defecar en agua limpia. «El sistema en el que estamos nos ha hecho creer que la calidad de vida es sinónimo de no hacernos cargo de nuestros residuos ni seamos conscientes de que los productos y servicios tienen un ciclo. Hay que preguntarse qué impacto tiene lo que desechamos».

SONITA MBAH

Hay revoluciones que se originan en los lugares más insospechados. Lo sabe bien la camerunesa Mbah Sonita (Kumba, Camerún, 1993). Hija de un ingeniero civil y de una pequeña comerciante, la joven se trasladó en 2009 a la capital para completar su formación en la Universidad de Yaoundé. Allí se alojó en casa de uno de sus tíos, que resultó ser fundador de Better World Cameroon –una organización para la transición social hacia un África sostenible–. Sonita no tardó en compatibilizar sus estudios en Literatura americana y de la Commonwealth con un enérgico voluntariado, hasta llegar a desarrollar su programa estrella: Africa Kitchen Revolution. «Estábamos trabajando para incluir a más mujeres en las instituciones locales, pero la respuesta era que los menús tardaban tanto en cocinarse que no podían asumir posiciones de liderazgo. Por eso, empezamos a diseñar un sistema más eficiente, teniendo en cuenta el cambio climático», explica. Fue así como dieron con las ‘estufas cohete’ (*rocket stoves*, en inglés). Un sencillo dispositivo construido capaz de retener y dirigir el calor, con el que sustituir el sistema de cocinado tradicional al aire libre. Desde 2015, ya ha sido implementado en 2.000 viviendas. «El tiempo de cocinado se reduce de dos horas a 45 minutos y se contribuye a paliar la deforestación gracias a la reducción drástica de madera. Y, todo, con la mujer en el centro», concluye ●

En la página siguiente, Sonita Mbah con vestido realizado con 100% poliéster reciclado, de H&M STUDIO; y lino de alhambra, de PEPE PEÑALVER.

Maquillaje y peluquería: María Barrera (TEN Agency) para Chanel y Shu Uemura.
Ayudantes de fotografía: Jorge Galindo y Agustín Bobo. Ayudante de estilismo: Isabel Sainz.

